

Crónicas desde ningún lugar

Vamos a ciegas

Jordi Doce

La publicación en las páginas de opinión de *El País* del artículo de Juan Goytisolo «Vamos a menos» ha provocado un pequeño revuelo en nuestra ya revuelta república de las letras. A la hora de escribir estas líneas han transcurrido cinco semanas desde su aparición y menudean aún en los medios de comunicación las referencias más o menos veladas a los argumentos y acusaciones que lo conforman, reforzados por la posterior incorporación del escritor al plantel de colaboradores del *ABC Cultural* y la publicación estelar del texto de una conferencia reciente en las páginas de cultura de *El País*. Este texto, y el publicado en el suplemento del *ABC*, redundan en las razones expresadas en «Vamos a menos», pero lo hacen desde una óptica más personal y tienen por ello un interés más limitado. Quiero decir: son interesantes por cuanto añaden la visión del autor sobre su obra y su imbricación en un relato autobiográfico que es también lectura crítica de las tradiciones escogidas y desveladas por esa obra. Es un género que Goytisolo ha practicado a menudo y que constituye incluso el eje semántico de una parte sustancial de su obra, la que arranca de ciertas secciones de *Señas de identidad* y se revela plenamente en *Don Julián*. Es, también, un género en el que la reiteración y cierta tendencia al egotismo muestran el rostro menos simpático de su autor, empeñado obsesivamente en labrar su monumento literario. Gran parte del poder de convicción de «Vamos a menos» proviene de la decisión de Juan Goytisolo de desplazar el conflicto fuera del ámbito memorialístico: su juicio sobre los vicios y costumbres de nuestra sociedad literaria combina la voluntad de precisión con la apasionada indignación del moralista; alguna vez incurre en el error de ofrecerse como ejemplo o modelo alternativo, pero sin que ello estorbe su argumento.

Hay que aplaudir, ante todo, la decisión de Juan Goytisolo de afinar sus ataques al estado de nuestra literatura, denunciando el compadreo («el amiguismo pringoso y tribal»), la impostura y la falta de criterios que vician su decurso. Goytisolo ha tenido la generosidad de poner su nombre y su merecida reputación al servicio de un juicio severo y razonado de los intereses mercenarios que desprecian la creación genuina en beneficio de productos mediocres, diseñados al gusto de una lectura superficial: su gesto

es desprendido y muchos escritores jóvenes (y no tan jóvenes) o que no tenemos la posibilidad de asomarnos a las páginas de *El País* se lo agradecemos. Por lo demás, espero que no se me acuse de cínico si añado que la publicación del artículo permitió al diario madrileño apuntarse un tanto: la denuncia de Goytisolo incluía, entre otros objetivos, las directrices de las páginas y secciones culturales del diario, con especial referencia al trabajo de un señalado crítico de *Babelia* que suele ejercer de jurado en multitud de premios académicos e institucionales. La situación puede haber sido desairada para este comentarista, quien no acostumbra a verse asaeteado en su propio periódico, pero *El País* jugó la baza de la autocrítica con buen tino y atendiendo escrupulosamente al escalafón. Goytisolo suele repetir con insistencia que él es un «pájaro solitario», pero no puede negar que su biografía literaria ha estado jalonada de buenos nidos y compañías ilustres. Y en este caso *El País* fue tan generoso como el autor de *Don Julián*: casi dos páginas puso a su disposición para que cumpliera con su labor de limpieza. El resultado es un texto extenso cuyos argumentos, numerosos pero bien hilados, merecen un análisis detenido.

Parte Goytisolo de una constatación previa: «*Spain is different*, y lo es sin remedio». Las razones de esta diferencia son varias pero se resumen en que «la cultura ha sido sustituida por su simulacro mediático», «la resignación y el conformismo con los poderes fácticos reinan en el campo literario» y en la existencia de una multitud de premios y honores que recompensan «partos de mediocridad escasamente áurea cuando no atentados mortales a la inteligencia y el buen gusto». Estoy de acuerdo con las razones pero menos de acuerdo con la constatación, esa presunta diferencia que condena a España al limbo del desastre irredento. Es verdad que los últimos tiempos han sido pródigos en insultos a la inteligencia crítica, como nos recuerdan el absurdo regateo que despertó en algunas plumas menores la muerte de José Ángel Valente o las palabras de condescendencia que los mismos suelen dedicar a la poesía de Octavio Paz. No pienso que el entierro multitudinario de Sartre sea un modelo de conmemoración particularmente envidiable, como parece sugerir Ana Nuño desde *Quimera*, pero sí pediría algo más de respeto a figuras que han modificado substancialmente nuestra literatura y nuestra forma de leerla. Es molesto, cuanto menos, que un crítico cuya mayor aportación son las reseñas que semanalmente publica en *Babelia* se permita perdonar la vida al autor de *Las palabras de la tribu*, que incluye algunos de los ensayos más fecundos e iluminadores sobre nuestra poesía reciente. O que un joven novelista de anticipos millonarios como Juan Bonilla pretenda burlarse de la sustancia existencial que alienta en la poesía última de Valente. Es molesto, repito, pero no debe hacernos perder la perspectiva: la ceguera, la estupidez y la falta de generosidad no son

lacras circunscritas a nuestro tiempo y nuestro espacio. Cualquier repaso a tiempos pasados de nuestra historia nos revela, con excepciones no muy numerosas, que nuestros clásicos eran o conocidos por una minoría o indistinguibles de otros autores que ahora nos parecen mediocres y segundones. Lo mismo, hasta hoy, ha ocurrido en otras literaturas. He vivido durante ocho años en Inglaterra y no he visto que allí el aprecio por los creadores genuinos sea mayor: poetas como Charles Tomlinson o Geoffrey Hill, que han escrito algunas de las páginas más hermosas y singulares de la poesía inglesa contemporánea, son menospreciados y contestados por multitud de poetas jóvenes, como lo son, en otros géneros, Harold Pinter, William Golding o John Fowles. Sospecho que la situación en Francia o en Italia no es mucho mejor, y no digamos ya en Estados Unidos, donde cualquier profesor universitario puede descabalar a William Faulkner de las antologías porque «expresa una visión desagradable de la clase trabajadora» (cito de entrevista que *El Cultural* hizo a Paul Lauter, pope de la escuela revisionista). El disparate, como vemos, no es sólo nacional o hispano. Y aún tenemos suerte de que la moda de lo políticamente correcto no haya colonizado nuestras universidades, imponiendo criterios bastardos a los estudios literarios. El «simulacro mediático» que Goytisolo denuncia en su artículo es, me temo, un rasgo común a las sociedades occidentales, cuyos efectos más deletéreos aún no hemos tenido el infortunio de experimentar. Sí puede señalarse el dato que este simulacro está ejerciendo o puede ejercer en una cultura de cimientos tan precarios y endebles como la nuestra. Somos un país donde, como señala Goytisolo, «la cultura es escasa y superficial, víctima de nuestra trágica discontinuidad histórica» o, por decirlo con precisión: víctima del aislamiento cultural fomentado por la Contrarreforma y que sólo a finales del siglo pasado empezó a romperse en beneficio de aires más tolerantes y liberales. Carecemos, desde luego, del sólido armazón de sociedades más estables y oreadas como la inglesa y la francesa, cuyas revistas, instituciones y editoriales hemos envidiado por la ambición de sus empeños y la altura y perdurabilidad de sus realizaciones. La comparación entre estas sociedades y «nuestra España de nuevos ricos, nuevos libres y nuevos europeos» nos sume en el pesimismo, pues si el acoso del mercado ha obligado a aquéllas a bajar el listón de sus expectativas, ¿qué no hará en un ámbito tan precario como el nuestro? Pero la frase de Goytisolo, que se pretende acusatoria y con la que es demasiado fácil estar de acuerdo, me inspira en contrapartida un optimismo que a él, tal vez, le parezca irresponsable: somos nuevos ricos, nuevos libres y nuevos europeos, lo que significa que algo ha cambiado en España en estos últimos veinte años. Goytisolo, cuya novela *Don Julián* acaba de ser reeditada en Círculo de Lectores, no puede ignorar que este sello editorial está lle-

vando a cabo la edición de las obras completas de multitud de escritores (Pío Baroja, Ramón Gómez de la Serna, Federico García Lorca, Franz Kafka y un buen etcétera) cuyos libros no siempre han llegado al lector en las mejores condiciones críticas y textuales. Parecida labor realizan otras firmas (Tusquets, Pre-Textos, Fondo de Cultura Económica) que han dado a conocer textos inéditos, epistolarios y memorias de escritores de todo rango y condición. Poco a poco, en fin, hemos logrado disfrutar de cierta normalidad editorial. Es cierto que al mismo tiempo el mercado se halla saturado de novedades fungibles, destinadas a satisfacer el gusto de lectores poco exigentes, pero el mal, repito, no es sólo español. Invito a Goytisoló a que se pasee por alguna de las muchas sucursales de la cadena británica Waterstone's y encuentre algún libro de Elías Canetti, o de Philippe Jaccottet, o de Günter Grass (cito adrede ejemplos muy diversos): tal vez se haga con algún ejemplar (siempre lo más reciente: no hay sitio para más), pero a costa de escarbar en verdaderos vertederos de papel impreso, estanterías y estanterías de libros que se desprenden de los dedos como arena muerta. No se confunda este optimismo con el aplauso satisfecho de Vargas Llosa a las bondades del mercado libre. Es muy probable que la labor destructiva del mercado impida —esté impidiendo ya— la creación de un cimientito vigoroso para nuestra sociedad cultural. Pero también es cierto que algo se ha hecho en la dirección contraria y que una minoría de lectores atentos (que existe y perdura) tiene hoy la oportunidad de acceder a títulos y autores que hace años eran inencontrables o ignorados. Dispone, además, de medios (información, capacidad crítica, ámbitos de protesta) con que hacer frente a este proceso erosionador. Admito que son muchas las tareas pendientes e incluso urgentes, y con frecuencia la omnipresencia de la realidad mediática mina paciencias y confianzas: es un espectáculo penoso (lo señala Juan Malpartida en su prólogo a *El amor loco* de Breton) asistir al baile de novedades nacionales y extranjeras que inundan las estanterías de nuestras librerías mientras obras realmente fundamentales de la literatura clásica y reciente se hallan por traducir o descatalogadas. Diré dos ejemplos: la correspondencia literaria de Mallarmé, reverso literal de su trama poética, y una antología abarcadora de los ensayos de Coleridge, verdadero hito de nuestra premodernidad. Otros podrían añadir su pareja de elegidos hasta cubrir con ellos las múltiples lagunas de nuestra producción editorial. Aunque aquí, de nuevo, cabe decir, no somos los únicos. La constatación no me consuela, pero ayuda a relativizar y sobre todo a no achacar exclusivamente nuestros males a una endémica *diferencia* española, a esa maldición intemporal que nos condena a repetir *ad nauseam* los viejos errores.

Lo que sí tiene mucho de específicamente español es la constante y obsesiva presencia institucional en el mundo de la cultura. Padecemos las con-